



PARA“REORIENTAR” LA HISTORIA DE AMÉRICA: EN BUSCA DE SUS RELACIONES CON LA ECUMENE EUROAFROASIÁTICA

TO “REORIENT” THE HISTORY OF AMERICA: SEARCHING FOR ITS RELATIONS WITH THE EUROAFROASIATIC ECUMENE

Hernán G. H. Taboada

CIALC-Universidad Nacional Autónoma De México

haroldo@unam.mx

Resumen

Se adapta al título del libro de Andre Gunder Frank para proponer un esquema de conjunto de la historia americana desde una visión no eurocéntrica y desde la historia mundial. El acento no se coloca en la relación del continente con la Europa mediterránea o atlántica, ni en procesos endógenos, sino en los contactos que mantuvo con las otras civilizaciones del Viejo Mundo: África, la Europa oriental, Rusia, el Medio Oriente, India, China y el Pacífico. Se argumenta que antes de la llegada europea hubo una etapa fuertemente influida por las relaciones con Asia. Éstas continuaron aún en época colonial, en términos comerciales, demográficos y artísticos, junto a una fuerte inmigración e influencia cultural africana. Si bien la independencia supuso una serie de ilusiones sobre el fomento de las relaciones con Asia, el siglo xix fue de creciente influencia europea (demográfica, militar, política, económica, cultural). El esquema propuesto puede servir para entender mejor los procesos por los cuales en nuestros días América, como el resto del mundo, está entrando nuevamente en la órbita asiática.

Abstract

The title of the book of Andre Gunder Frank is adapted to propose an outline of the whole of American history from a non Eurocentric, world history perspective.



The stress is not in the relationship of the continent with Mediterranean and Atlantic Europe, or in endogenous processes, but in its contacts with the other civilizations of the Old World: Africa, East Europe, Russia, the Middle East, India, China, and the Pacific. It is argued that before the arrival of the Europeans there was a period strongly influenced by the relations with Asia. These continued even in colonial times, in commercial, demographic, and artistic terms, besides abundant African migrations and cultural influence. Despite the illusions of the Independence epoch of increasing relations with Asia, the 19th century was of growing European (demographic, military, political, economic and cultural) influence. The proposed outline can be useful to understand the processes by which in our days America, as the entire world, is again entering in the Asian orbit.

Palabras clave: Historia mundial – Historiografía – Historia colonial de América – Relaciones de América con Asia – Relaciones de América con África

Keywords: World history – Historiography – Colonial history of the Americas – Relations of America with Asia – Relations of America with Africa

“Somos americanos, con cuyo epíteto nos distinguimos del inglés, francés, o más bien del europeo que nos perjudica, del africano y del asiático que ocupan las otras partes del mundo” (Morelos, 1813)¹

Poco agrega decir, por lo muy sabido, que la historia de América que todos hemos estudiado empezó a ser escrita fuera y para los de fuera, éstos en realidad un grupo particular, constituido por los que se autonombraron descubridores, los habitantes de la Europa mediterránea y atlántica. Debemos a ellos el forjamiento de las categorías de dicha historia, incluyendo la primigenia, el nombre mismo de América, que da unidad a la gran masa de tierra que nos contiene y a las subdivisiones que nos hacen hablar de una América “Latina” y de una “Sajona”. La escritura resultante tendió por tanto a



acentuar el “descubrimiento” y la conquista, las instituciones traídas por los colonizadores, las guerras que entre ellos se pelearon y las consiguientes atribuciones de territorio en los distintos tratados de paz firmados en alguna ciudad europea, las influencias ilustradas que llevaron a la emancipación y lo que el siglo XIX exportó en términos de ideas, población y capitales desde Europa.

Esta última constituye, en fin, el punto principal de referencia, que puede ser variamente descrito como positivo o negativo, pero no deja de ser el elemento toral en los relatos, tan omnipresente que ha permeado también los que quieren buscarla “dialéctica” de “América en la historia” (Leopoldo Zea y sus muchos seguidores). Una serie de observaciones y críticas al respecto compilamos junto con Carlos Tur hace algunos años (Tur Donatti y Taboada, 2008) y en general el cuestionamiento de semejante orientación eurocéntrica se ha hecho oír cada vez más, tanto explícitamente en escritos teóricos, como más silenciosa y para mí más convincentemente en tratamientos concretos, que se han volcado a enfatizar los procesos internos, criollos y últimamente indígenas.

Falta sin embargo, y aquí ya adelanto algo relativamente novedoso, complementar este segundo enfoque con un tercero que enmarque dichos procesos en una historia verdaderamente mundial. Quiero decir una historia como ya se ha empezado a escribir hace bastante tiempo en otros lugares pero que muy poca noticia ha recibido en América Latina, en la cual el viejo esquema de la historia “universal” centrado en Europa se sustituya por otro “mundial” o “global” que dé su sitio a las diversas civilizaciones². Desde esta visión historiográfica se ha propuesto contemplar la historia de América abandonando las fronteras cronológicas y espaciales que nos dominan para intentar una historia del “largo siglo XIX” o una historia atlántica o pacífica³. Algunos estudiosos han empezado a considerar estos nuevos recortes: el área Filipinas – Nueva España – Perú como de peculiares relaciones internas, el arco que forma el Pacífico norte, desde Siberia hasta Oregón, o la región que constituyen las islas del Atlántico Medio: Canarias, Azores, Madeira, Cabo



Verde, São Tomé y Príncipe, las islas guineanas de Bioko, antes Fernando Poo, Corisco y Annobón, Santa Helena, Ascensión y todo el Caribe.

De considerar estos nuevos recortes, se vería una serie de relaciones históricas que América mantuvo con otras humanidades de la ecumene afroeuroasiática: Rusia y los Balcanes, el África subsahariana, los imperios islámicos, la India, China, Japón y Asia sudoriental y su cola que es Oceanía. Esta enumeración aproximada e imperfecta alude a contactos que, junto con los de la Europa mediterránea y atlántica, influyeron en nuestros territorios y culturas a lo largo de los siglos. Si bien las propuestas para hurgar en este sentido son sumamente estimulantes, poco se ha hecho por llevarlas a cabo. En parte por cuestión de rutinas académicas, que las hacen ver como fantasiosas, pero sobre todo - como mostraré el final de este trabajo, tras haber ofrecido más elementos para comprobarlo - porque es una tarea sumamente ardua, adecuada para titanes multilingües, dueños de infinitas horas libres y capaces de leer a contracorriente de una tradición secular.

A pesar de la magnitud de la empresa y mis flacas fuerzas, durante los últimos años he dedicado al tema muchas reflexiones que aquí presento, ignorando si en algún futuro podré abordarlo más allá de las páginas que siguen⁴.

Los tiempos anteriores

Quería Cristóbal Colón llegar al Asia oriental: es fácil encontrar esta afirmación en las historias, que por otro lado los escritos colombinos transparentan. En su ilusión o en una intención manipuladora cambió la toponimia y forzó el sentido de lo que veía y describía, buscando convencer a los reyes y al público que sí había alcanzado el destino propuesto. Los que vinieron después, aunque dudaron cada vez más y al fin se desilusionaron, no dejaron de aludir a elementos que en América recordaban a los del Asia y el Oriente, esas abstracciones mítico-geográficas que, junto a la de Europa, estaban tomando forma en el imaginario del que participaban los conquistadores y colonizadores. Éstos vieron moros, judíos, tártaros y chinos en los que empezaron a llamar



indios, otro nombre de reminiscencia asiática. Es verdad que en su deseo de entender también apelaron a los pueblos de la Antigüedad, a griegos, romanos, iberos y germanos, pero el Oriente fue un personaje principal.

Aunque parezco amenazar con ello, no quiero meterme aquí con un tema que ya he trabajado y que está de moda en los últimos años, el orientalismo y las deformaciones de la mirada, la muy temprana y después constante orientalización de América. Sí señalar que, en su error general, Colón y sus muchos seguidores entrevieron con acierto determinados caracteres asiáticos de la América que se extendía ante sus ojos; y tales aciertos junto a mucha hojarasca fueron recogidos por los que después pretendieron hacer ciencia preguntándose sobre el origen de los indios americanos y escribieron tratados, como los de Gregorio García (1607) y Diego Andrés Rocha (1681). En la historia de estas opiniones se echa de ver que el Oriente de las comparaciones se fue precisando para concentrarse en el Asia oriental, la cual se consideraba próxima a las costas americanas. La teoría del poblamiento de América por el Estrecho de Bering fue adivinada por José de Acosta en 1580, cuando era desconocido tal Estrecho y su nombre, y otros le siguieron con persistencia.

En tiempos más informados, cantidad de observadores extranjeros y de ensayistas criollos siguieron señalando en esa dirección: "México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos", escribía Alfonso Reyes desde Madrid. Todos ellos acumularon la observación de similitudes fenotípicas, parentescos lingüísticos, analogías iconográficas, religiosas y técnicas. En sus disquisiciones se incorporó mucha fantasía, prejuicios, lugares comunes, eurocentrismo, hechos mal verificados, lógica errática, argumentos confusos y conclusiones exageradas, sobre las que se montaron antes y ahora ansias de propaganda y búsquedas de moneda. Con todo y todo, acá y allá relucen pruebas arqueológicas y comprobaciones que aun sobriamente podemos aceptar, como en general también las visitas de vikingos al norte de América, a diferencia de la historia-ficción que distingue a la mayoría de los que aducen visitas de egipcios, judíos o etruscos.



Antes de la llegada de los europeos, entonces, América que no era América recibió sus principales aportes poblacionales e influencias culturales del Asia oriental, por la vía terrestre de Bering o la marítima del Pacífico. “Era el extremo oriente de Asia”, y el Pacífico “el centro cultural de la protohistoria amerindia”, ha escrito Enrique Dussel (1992: 132-138), en ello apoyado por la opinión científica general. Sin compartir el a veces prepotente exclusivismo de los que sólo consideran un único origen asiático para las poblaciones americanas, las pruebas abundan en multitud de indicios. Otros ya han compilado listas, la mía, caprichosa y parcial, incluye el uso y las técnicas del jade, la laca y el tejido, la cerbatana, elementos del calendario y la escritura mesoamericanos, la aparición del elefante en monumentos mayas, el chamanismo, detalles iconográficos en la representación de ofertas funerarias consistentes en miniaturas de viviendas y animalitos sobre ruedas.

El problema nos topa cuando se quiere hacer la crónica de los contactos porque llegaron influencias sí, pero otras faltan sin remedio: los cultivos y animales domésticos en ambas orillas oceánicas evolucionaron separadamente hasta la llegada de los europeos. Parece que antes de ellos no hubo expediciones planeadas y de ellas falta una memoria segura: las muy citadas expediciones chinas a Fusang desde el siglo III a. C., por ejemplo, se dirigían a regiones que sólo el mucho entusiasmo de los exégetas identifica con América. Ello significa que más bien hubo un goteo lento, migraciones anónimas, naufragios, con algunos sobresaltos, y probablemente uno de ellos fue resultado de la combinación de las técnicas navales de China con el espíritu aventurero y la energía de los mongoles que la conquistaron a partir de 1233. Es decir que estaríamos ante un ejemplo más de la trascendencia de este pueblo, satanizado durante siglos por sus víctimas europeas, islámicas o chinas, pero cuyas conquistas recientemente alguien ha visto como el detonador de la historia moderna (Weatherford, 2004).

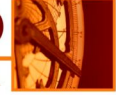
La etapa asiática se hallaría en todo caso comprendida en lo que llamaron “historia antigua” los primeros criollos ilustrados que la estudiaron, y que hoy denomina época precolombina, precortesiana o preeuropea el tratamiento convencional, para el cual el elemento definidor es la llegada al Caribe en una



fecha precisa, el 12 de octubre de 1492, que cambió los destinos del continente y del mundo. Entre paréntesis quiero agregar que el episodio que la frase anterior evoca, el desembarco de Colón representado en tantos manuales escolares, y el texto acompañante, son el producto de una elaboración historiográfica que tomó forma muy lentamente y que la condición de parteaguas histórico de la empresa, así como la fecha precisa, sólo se determinaron en el siglo XVIII. Los países europeos tardaron en darse cuenta de lo que había ocurrido y en asignarle un significado, el resto del mundo tardó más todavía y los que nos asomamos al detalle de la época comprobamos que las décadas antes y después de la famosa fecha son las que cuentan.

Siguiendo con la memoria de los contactos y los argumentos inciertos, se observa que, a medida que nos acercamos a los tiempos de Colón, sus precursores se multiplican en las suposiciones de los historiadores: portugueses, galeses, griegos, normandos, irlandeses, polacos, la gran expedición china de 1421, tan comentada en los últimos años (Menziés, 2003) y el "piloto anónimo" de Huelva que habría suministrado al genovés el secreto de la ruta a las Indias. Leyendas agrandadas por los nacionalismos modernos en Europa, o por el reciente sinocentrismo, pero sostenidas a veces por noticias intrigantes, por uno que otro fragmento arqueológico y también por una serie de comprobaciones lingüísticas realizadas hace mucho por un judío de vastísima ciencia y muy escasa repercusión. Quien se atreva hoy a abrir, y sobre todo a seguir, el intricado periplo por la lingüística que nos ofrecen los tres volúmenes de *Africa and the discovery of America* de Leo Wiener (1920) podrá convencerse o por lo menos sopesar que mucho del vocabulario que recogieron los primeros cronistas de Indias y que figura como americano era en realidad una importación reciente del Viejo Mundo, realizada en la estela de contactos mal documentados con las costas de África en las vísperas mismas del descubrimiento oficial de Colón.

El contexto mayor es el de una humanidad que estaba aumentando numéricamente, después del desastre que había sido la Peste Negra de 1348 -catástrofe que abarcó todo el Viejo Mundo, desde China a Irlanda, una señal más de los mayores contactos - y se lanzaba a ocupar y descubrir nuevas



tierras, en un periodo de apertura cultural que tuvo muchos focos, aunque el más comentado y ensalzado ha sido el que los historiadores mitificaron con el artificial nombre de “Renacimiento”. Si aceptamos el término es sólo con la condición de ampliarlo para señalar análogos movimientos espirituales y de experimentación novedosa en el Islam, la India y China. Acompañante de ellos fue la expansión territorial y marítima, producto ésta de la combinación de las técnicas navales del Mediterráneo con las del Atlántico, del Índico y del Pacífico. Dicha historia comienza con la exploración andalusí del Atlántico y el acercamiento de navegantes indios e islámicos al Cabo de Buena Esperanza, prosigue con los viajes del chino Zheng He hasta la India, Persia y África (1405-1433) y no culmina pero parece hacerlo con los viajes portugueses por la costa africana (1415-1497), con la llegada de Colón al Caribe (1492) y de Cabral a Brasil (1500) y con la circunnavegación del mundo por obra de Magallanes-Elcano (1519-1522)⁵.

Todos descubrieron América, se llamó un libro dedicado a los precursores. Más cauto, digo yo que muchos desde el Viejo Mundo se le acercaban. Frente a los amerindios, contaban con la misma superioridad naval y armamentista de los españoles y podrían haber introducido los cultivos y animales que después se aclimataron, así como las enfermedades que diezmaron a la población americana que las desconocía. Quizás habrían cometido las mismas tropelías. Fue un Estado marginal de la ecumene euroafroasiática que por fin halló un camino más directo hacia América que los hasta entonces practicados y por él empezaron a llegar invasores en cantidades un poco mayores y con mayor frecuencia que los que habían sido habituales y también con superior y creciente conocimiento de la tierra que “descubrían” y que nombraron.

En una aguda historia general de nuestro continente se ha afirmado que el traslado de hegemonía del sur al norte tuvo sus primeras manifestaciones ya en la época anterior a los europeos, y se aceleró con la llegada de éstos: hasta ese momento las civilizaciones mesoamericanas y andinas se habían mostrado muy superiores a las de los actuales Estados Unidos y Canadá; la situación todavía se iba a mantener en los siglos coloniales, pero algo había empezado a



cambiar (Fernández-Armesto, 2004: 68-69). En lejana relación con ello se iniciaba también otro cambio: América dejaba lentamente su etapa asiática para iniciar la de su dependencia de Europa. En esta última todavía vivimos los americanos, nos es más conocida, pensamos que es la única que nos enlaza con el Viejo Mundo, pero la etapa asiática fue milenaria, incomparablemente mayor que los cinco siglos que nos enlazaron con Europa y el poso cultural que dejó fue lo suficientemente hondo como para seguir suscitando la perplejidad de los observadores, los que dije al principio que miraban a Asia para explicar a los amerindios y hasta el criollo Alfonso Reyes fascinado por Grecia.

La Colonia

Todo cambió a partir de 1492, nos dicen. Lo acepto: así fue hasta en las regiones más apartadas que nunca vieron a un europeo pero que indirectamente iban sufriendo nuevas enfermedades, se encontraban con una creciente población de vacas o caballos, compraban mediante muchos intermediarios objetos de hierro que permitían más eficientes técnicas agrícolas, eran invadidos por vecinos que tenían nuevas armas también de hierro o asumían jirones del cristianismo que usaban inclusive en sus movimientos de resistencia.

Es decir que todo cambió sí, pero lo más por influencia indirecta, porque en los hechos la llegada de inmigrantes europeos nunca fue abundante: hubo periodos iniciales de entusiasmo, tras cada conquista importante y cada ilusión de riquezas; aun así, se computan apenas unos dos mil inmigrantes por año. Luego vino el desastre demográfico general, que se sufrió tanto en Europa como en América en el siglo XVII. Se verificó un repunte en el siglo siguiente, que fue de expansión entre otras cosas poblacional, pero aun en un territorio accesible, rico, poblado y en expansión como Nueva España, fueron apenas ochocientas llegadas por año, calculaba Alexander von Humboldt. Los estudios de demografía histórica no lo dejan mentir. La migración masiva de europeos a las Américas tuvo lugar en época independiente, no antes.



Fue otro aporte demográfico, el de los negros africanos, más cuantioso numéricamente, convirtiéndolos en parte del panorama social de muchas regiones, rurales y urbanas, a cuya cultura material y espiritual contribuyeron con abundancia, como se viene precisando con cada vez mayor detalle de ejemplos en el lenguaje, los cuales eran más numerosos en siglos pasados, ya que después fueron recubiertos por otras tradiciones migratorias. Las lenguas criollas (entre paréntesis, este adjetivo, tan esencial en las Américas, quizás no sea de origen portugués como se suele decir, sino africano), como hoy el créole de Haití y el papiamento de Curazao, eran varias, habladas en muchos territorios. Noto que esta mayoría de migrantes africanos es la única extraeuropea que ha recibido y recibe atención de los estudiosos. En parte por su cuantía, en parte por un reclamo muy enérgico de sectores académicos y políticos.

En lo demás, sólo la migración procedente de los Estados colonizadores ha sido considerada significativa, sin verse que junto a ella había una cantidad indeterminada de extrañas presencias. Por un lado las que eran continuación de movimientos milenarios, fuera del control de los imperios europeos, y la mayoría de las veces sin noticia de éstos: hallamos la indicación de naufragios chinos o japoneses en las costas californianas aun tierra de nadie; o el episodio que nos cuenta Charlevoix, de una criolla de Florida capturada por indios, que fue vendida a tribus cada vez más lejanas, pasando al Asia, donde se casó entre los tártaros, viajando a China cuando éstos la conquistaron y fue al fin rescatada por un jesuita que la llevó a Nantes. Se ha sospechado que fugitivos rusos, continuando su expansión por Siberia, cruzaron silenciosamente el Estrecho de Bering antes de su descubrimiento oficial (1741) y fundaron en Alaska establecimientos e iglesias.

Pero las más comprobables y más significativas de estas extrañas presencias se dieron al interior mismo de los dominios coloniales, el español y portugués, luego el inglés. Cuando estuve investigando algunas de ellas encontré que los griegos fueron abundantes en ciertas regiones y periodos, que hubo también armenios, ragusinos, malteses, berberiscos y árabes (Taboada, 2011). Otros han hallado la existencia de malayos, chinos, japoneses y gentes



de la India. A veces son individuos aislados, a veces pequeñas comunidades. Podían haber terminado aquí por el azar y contra su voluntad, o como acarreados de los funcionarios virreinales provenientes de Asia, pero también como parte de diásporas comerciantes con sede en los imperios asiáticos e intereses en las Indias españolas, portuguesas, inglesas u holandesas. Los muchos judíos coloniales que han sido objeto de estudio también tenían lazos a veces frecuentes y poderosos no sólo con las juderías de Holanda e Inglaterra sino también con las del Mediterráneo oriental, con Salónica, Estambul, Esmirna, Jerusalén o Argel.

La alusión a las extrañas presencias y a las diásporas nos lleva a considerar que la América ahora bajo dominio europeo mantuvo y hasta reforzó los contactos anteriores con las otras civilizaciones de la ecumene euroasiática. El centro vital de ésta seguía estando en China y la India: eran las regiones más pobladas, ricas, tecnológicamente avanzadas y con mayor variedad de cultivos. Los mismos europeos lo afirmaban, implícitamente al tener como su meta el dominio de estas regiones y al copiar sus técnicas e instituciones, y explícitamente en sus muchas manifestaciones de asombro y leyendas en torno a la riqueza asiática. Tal perspectiva después cambió, en el siglo XVIII y XIX los imperios asiáticos entraron en crisis, fueron dominados por las potencias colonizadoras europeas y éstas empezaron a desarrollar la creencia en una superioridad suya desde los comienzos de la historia, que ha permeado la vulgata sociológica que hoy seguimos utilizando y cuya autoría ha sido atribuida a Marx Weber, en la burlesca síntesis onomástica del último Andre Gunder Frank (Frank, 1998). Hoy lentamente, y a la par del ascenso de China e India en la economía mundial, la historia eurocentrista de Marx Weber está siendo abandonada, pero todavía no en lo que respecta a América.

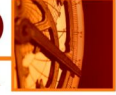
La centralidad mundial de los imperios asiáticos hizo que en muchos aspectos la América colonial siguiera en su órbita. De a poco se comprobó que las tierras descubiertas por Colón no eran lo que éste buscaba sino unas islas remotas y poco apetecibles. Aunque después se decía que había empezado una nueva era, los contemporáneos no lo sabían, pasó una generación antes que se conquistaran los grandes imperios continentales con sus riquezas, y en el



Caribe, una vez saqueado el oro aluvial que había sido acumulado durante generaciones por los indios, tesoros no había. Éstos seguían estando en Asia, donde los portugueses habían llegado en esos años y medraban. Por ello las expediciones al continente americano, que dispersaban esfuerzos, fueron prohibidas hasta 1510 y el afán principal fue rodearlo para hallar el paso al Asia. De ahí la importancia de los viajes de Magallanes e inclusive los que financió Hernán Cortés, inmediatamente después (1527) de la conquista de México, seguida por otras expediciones, las cuales culminaron con el establecimiento español en Filipinas en 1571, archipiélago que era conocido por los chinos y que se convirtió entonces en su avanzada hacia América. El mismo año de 1571 los portugueses fundaron Nagasaki, sobre base de una aldea de pescadores en la isla de Kyushu en el sur de Japón, situada en la misma encrucijada comercial.

El tráfico resultante, la historia de la Nao de Acapulco y de la comunidad china en Manila, que llegó a abarcar cuarenta mil individuos, ya han entrado en los manuales, pero a veces como anécdota cuyas implicaciones no se sopesan. Señalemos que en Manila la industria china depositaba masivamente sus producciones destinadas a la América española, inglesa, francesa y portuguesa, muchas expresamente fabricadas para ese mercado. Las mencionan las fuentes, las podemos hoy contemplar en museos y las está descubriendo la arqueología, incluyendo la submarina: porcelanas, sedas, metales, vestidos, muebles, biombos, lacas, marfiles, especias. Mineral de hierro y hasta un insumo minero indispensable y que suponía un tráfico de bulto llegó en ocasiones a América, el mercurio de China. No sólo era este país el origen de los comerciantes establecidos en Manila y de los productos que ofrecían: había también japoneses, birmanos, bengalíes, hasta de la India y Persia, los armenios ya mentados. En consecuencia también había importaciones japonesas, de la India, del Medio Oriente y África del norte.

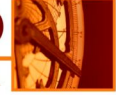
Junto a la vía pacífica contribuía a este derrame la ruta del Índico y el Atlántico que enlazaba el Asia portuguesa con Brasil, con la consiguiente influencia poblacional, cultural y económica. Un tercer camino cruzaba la misma España y llegaba a los puertos de la Europa atlántica y de la misma



Rusia, o a los del Mediterráneo oriental otomano y el Magreb. Con todos ellos el comercio español era deficitario, a todos les suministraba plata para pagar los objetos que consumía, y parte de los mismos eran especias y artículos suntuarios originados en el Medio Oriente y también en Persia, India y más lejos aun, en el mismo imperio chino que los vendía también desde su avanzada en el Pacífico. Una proporción de tales objetos alcanzaban América, donde hay menciones de baqueta moscovita, alfombras de Damasco, reliquias sagradas de Palestina, especias, medicinas o cera magrebí, los cuales marginalmente se unían a la gran corriente de productos chinos y de la India.

A cambio de todo eso, las civilizaciones del Viejo Mundo recibían algunas importaciones americanas: cochinilla, un tinte que tuvo amplia demanda y difusión, chocolate, medicinas y piedras preciosas. Pero sobre todo la mentada plata, que servía para pagar los objetos suntuarios y especias y para ser cambiada ventajosamente por oro. Tal capítulo de la historia económica fue señalado por los contemporáneos y hoy lo es por los historiadores. Ello vale sobre todo para China, la mayor economía del mundo, que a veces compraba plata de Japón y de Asia sudoriental, pero no pudo ya vivir sin la de América. También India absorbía grandes cantidades de plata, que acuñaba, y el Mediterráneo islámico, mediante el comercio y mediante el botín que los corsarios berberiscos tomaban de las naves que venían de Indias, por caminos que conocieron cada vez mejor, y en relación con ello el rescate de los prisioneros que se hacían, rescates que en proporción creciente estuvieron formados por el metal de las Indias occidentales (Taboada en prensa). Esta corriente de riquezas penetraba a la Berbería, a los grandes puertos corsarios de Argel, Túnez y Trípoli y al Egeo, luego seguía hacia el oriente, por la Persia safaví, la India mogol, Asia Central.

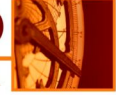
“Nosotros somos las Indias de franceses y holandeses”, decía un arbitrista español, entristecido por el paso de la riqueza indiana a los países del norte. Recogiendo la paradoja, a riesgo de trabucarnos con los nombres, digamos que las Indias que el arbitrista señalaba, las colonias de América, no lo fueron sólo de los distintos países europeos sino que también fueron adoptando una relación colonial, por lo menos parcial e informalmente, desde



sus costas en el Pacífico: vendían materias primas y recibían productos manufacturados de alto valor agregado, las cuales significaban una importante sangría de metales; en otras palabras las Indias fueron las Indias de las Indias. Febrilmente se quisieron implantar en las nuevas tierras cultivos asiáticos, a veces con éxito, pero más difícil, a pesar de las leyes suntuarias, fue alcanzar la pericia que permitiera algún tipo de “sustitución de importaciones” de las industrias asiáticas (Fernández-Armesto, 2004: 163). Este movimiento comercial, en parte ilegal o sin documentar, era el que arrastraba hacia América a muchas de las antes nombradas extrañas presencias, individuos pertenecientes a diásporas comerciantes, acostumbrados a circular entre distintas culturas y a esconderse en su intersticios.

Se ha visto con detalle en las artes la influencia cultural resultante. Podía derivar de los muchos objetos artísticos que llegaban a América, no pocos preparados especialmente para ese mercado, como las tallas religiosas de madera o marfil elaboradas por paganos, los vestidos de seda que imitaban diseños españoles y las porcelanas con colores y estilos adaptados al gusto criollo, con inscripciones chinas que no dicen nada, o la gran reja de hierro de la catedral de México. En otros casos la influencia llegaba por obra de artistas japoneses, chinos, indios o filipinos que se asentaban en América. Muchos eran los funcionarios que habían vivido en Asia y después eran trasladados a Brasil o México y ahí se acompañaban con sus objetos y sus gustos, a veces con sus sirvientes. Los resultados se ven en obras de arte coloniales de influencia asiática: la técnica y los motivos del barniz de Pasto y las lacas michoacanas, tejidos peruanos y biombos en Nueva España, vírgenes brasileñas de cara búdica, y sobre todo en la cerámica novohispana, las tallas quiteñas y los muebles peruanos, que lograron imitar los modelos de la China y la India (Bayley, 2007).

No olvidemos tampoco el aporte de otros sectores geográficos que hoy se definen como europeos pero que resultaban muy marginales. La presencia escandinava ya ha sido objeto de estudios y no sólo sus colonias sino también la aparición de barcos con creciente frecuencia debe considerarse, en algunos casos provenientes del Índico, donde Dinamarca poseyó una serie de emporios.



La Orden de Malta llegó a adquirir como base la isla de San Cristóbal entre 1638 à 1690, y la gobernaron cuatro caballeros de Malta sucesivamente. La adriática Ragusa, ciudad tributaria del imperio otomano y que tenía su actuación tradicional en los mercados del Índico, tuvo papel en la navegación con las Indias, y numerosos marineros llegaron a desembarcar y establecerse, explicando quizás con ello el epíteto de morlacos que se da a los nativos de la ecuatoriana Cuenca. Desde la insólita Curlandia, el duque Jacobo dominó con intermitencias la isla de Tobago entre 1639 y 1693, y la toponimia de la isla todavía conoce una Great Courland Bay y un Courland Estate (Rossignol, 2001; Kimene, 2007; Taboada, 2011).

Todas estas relaciones eran sin embargo intermediadas o controladas por las potencias de la Europa mediterránea y atlántica. Incluso el imperio otomano, que en el momento de su máxima expansión tuvo conocimiento de América, que un autor ignoto plasmó en un libro de vasta circulación en turco, persa y árabe, con noticias sobre Colón, los conquistadores y las poblaciones americanas y con grabados fantasiosos. Desde el imperio otomano también se elaboraron unos famosos mapas de las costas americanas y quizás se enviaron espías a reconocerlas. Más no se logró y después se perdió el interés. Las otras civilizaciones del Viejo Mundo limitaron su presencia al comercio indirecto, a influencias culturales, a la llegada de aventureros, curiosos, sirvientes y esclavos. Los europeos terminaron así convirtiéndose en el mayor referente fuereño en la cultura de las elites y hasta la de los sectores populares de América.

Hubo también una acción en el sentido opuesto. Los cultivos americanos, que eran creaciones culturales de los pueblos amerindios, cambiaron profundamente las condiciones de vida materiales del Viejo Mundo, permitieron el aumento de población, el aprovechamiento de tierras, el ascenso económico de ciertas regiones, con lo cual modificaron a fin de cuentas equilibrios previos y precipitaron movimientos sociales, políticos e imperiales⁶. En África, la sangría humana destinada a América despobló, descapitalizó y desmoralizó amplísimas regiones⁷. Los metales americanos tuvieron un papel ecuménico igualmente notable: originaron un movimiento de precios en Europa, tuvieron



repercusiones en el imperio otomano y se ha dicho que fueron la causa de la decadencia otomana y del auge y caída de la dinastía Ming⁸. Pero de más importancia a largo plazo fue que su control permitió a Europa ir alcanzando el nivel de poderío de los imperios asiáticos: varios han sostenido que dieron a luz al capitalismo, o que empujaron la hegemonía mundial europea desde fines del siglo XVIII. Al parecer hubo otros factores detrás de ello, pero que coadyuvaron poderosamente, sin duda.

Por otra parte la evangelización significó una modificación que todavía tiene sus efectos: durante la Edad Media el cristianismo había sido una religión minoritaria, aventajada por el islam; los mismos cristianos lo notaban, y en su primera expansión por el Índico lo comprobaban, al descubrir muslimes en las remotas regiones donde llegaban. Esto cambió cuando los indígenas americanos se convirtieron al cristianismo, que llegó a ser la religión numéricamente dominante en el orbe hasta nuestros días (Fernández Armesto, 1995). Se ha definido a América como la “gran frontera” de Europa; lo fue también en un sentido intelectual, convirtiéndose en una reserva no sólo material sino también de ideas, esperanzas, ilusiones de un cambio personal o social.⁹

La independencia¹⁰

Desde fines del siglo XVIII se nos señalan enormes cambios en la historia europea y americana que han sido variamente descritos como revoluciones: la industrial y política, las independencias americanas. De explicárselas a partir de procesos muy particularmente nacionales se pasó luego a ver el contexto mayor y a hablarse de revoluciones atlánticas. Ello vale también para las Américas, y más particularmente la española y portuguesa: de ser un mero reflejo de la Revolución Francesa, como la definían los protagonistas, las independencias tienden ahora a entenderse en torno a la crisis de los imperios ibéricos, al pensamiento hispánico y a la maduración de la conciencia criolla. Tales avances interpretativos, subrayados en el reciente bicentenario, ejemplifican sin embargo una vez más el énfasis al que aludí en los primeros



párrafos, porque rara vez se ha mencionado el escenario verdaderamente mundial.

Si a él vamos y vemos, los tumultuosos acontecimientos que cierran el siglo XVIII e inician el XIX se relacionan con el traslado del centro del sistema mundial a los países del Atlántico norte, que pasaron a dominar las redes oceánicas del comercio y comenzaron a formar sus modernos imperios coloniales. Los cambios llegaron también al Pacífico americano, un área hasta entonces apartada de las corrientes ecuménicas y sólo muy superficialmente dominada por el imperio español, y que ahora era alcanzada desde el Atlántico -posibilidad debida a desarrollos técnicos que permitieron cruzar con mayor facilidad el Estrecho de Magallanes- desde el Índico y hasta desde el océano Ártico, cuando los rusos ahora oficialmente descubrieron el estrecho de Bering, pasaron a Alaska y bordearon sus costas hasta llegar a Canadá y California, organizando extensos viajes de circunnavegación y ambicionando hasta ocupar Hawai. Fue la época de las expediciones navales de reconocimiento de la Francia y la España borbónicas, los viajes del capitán James Cook y la aventura de los clippers de Nueva Inglaterra.

La expansión de los países noratlánticos fue en desmedro de las otras sociedades en el mundo: la trata de negros se incrementó a sus más altos niveles ya largo plazo los imperios asiáticos empezaron a decaer de su posición preminente, sufriendo distintas desventuras: entraron en crisis, se desintegraron, fueron conquistados o se cerraron prudentemente al extranjero. Lo anterior, sin embargo, sólo pudo escribirse con el conocimiento de lo que sucedió a lo largo de todo el siglo XIX. Para los contemporáneos no resultaba tan inevitable el dominio político ni económico de la Europa atlántica ni la decadencia asiática. La preponderancia financiera, industrial y demográfica de China, India y aun del imperio otomano continuó por algún tiempo. Lo muestra el hecho que el grueso del comercio que todos anhelaban controlar era el de sus manufacturas, alimentos, té, medicinas, tanto a los mercados locales como a los de Europa y América. Por otro lado, lejos de permanecer pasivos ante el crecimiento europeo, los Estados del Viejo Mundo ensayaron reformas exitosas



y hubo sobresaltos de hegemonía local, como muestra la expansión omaní en el Índico o la egipcia por el Mar Rojo y África tropical.

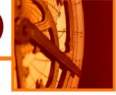
Si queremos ubicar aquí a la independencia de las Américas, hay que aludir a su creciente peso desde el siglo XVIII, peso económico, demográfico y hasta político y simbólico: la interpretación que hace de la empresa de Colón el inicio de la historia moderna se desarrolló entonces. Junto a los acostumbrados metales, empezaron a ser objeto de comercio los productos tropicales y otros como los cueros del Río de la Plata y las pieles del Pacífico norte, de gran demanda en Asia principalmente, que llevó al exterminio en unas décadas de muchas de sus especies animales. Más importante, las poblaciones americanas por primera vez en milenios dejaron de ser un elemento básicamente pasivo en la ecumene. La Nueva Inglaterra se ubicó en la parte ganadora, con una participación en la trata esclavista y un nuevo tipo de barcos, los clippers, que se constituyeron en nuevos protagonistas del comercio ahora intercontinental, llegando a todos los rincones del Atlántico, del Índico y del Pacífico. Los criollos de origen español y portugués, que buscaron imitarlos, también compartieron una ambición ecuménica, de la cual se dice poco como factor de la independencia, por lo que urge ampliar el tema.

Tuvieron España y Portugal una suerte similar a la de los asiáticos en cuanto a su decadencia relativa: perdieron la casi exclusividad sobre el Pacífico y el control de las rutas marinas atlánticas que llevaban a sus dominios americanos y éstos fueron con ello cada vez más tributarios económicamente de Gran Bretaña y Francia. Pero tampoco fue una decadencia lineal la suya, España siguió siendo una potencia naval respetable, un imperio con grandes medios y agentes valiosos, que intentó aprovecharse de los cambios ocurridos. Estos cambios, dijimos, tenían su centro en Asia. Con la fundación de la Compañía de Filipinas en 1785 o establecimientos en Macao y la India, el rey Carlos III buscó ampliar el comercio de las islas y de Asia con América, en el Mediterráneo regularizó las relaciones con el imperio otomano y asimismo con los países del Magreb; también impulsó la economía de plantaciones esclavistas según el modelo francés e inglés.



Análogamente Portugal extendió los contactos de Brasil con sus dominios en India y China. La corte imperial, que en 1808 se estableció en Río de Janeiro, aumentó la participación brasileña en el imperio portugués, hasta hacerla dominante. Hubo una iniciativa imperial de cultivar té con el auxilio de varios centenares de migrantes chinos, hacia 1810 (Lesser, 1994). La misma corte, como sede de una potencia reconocida en el mundo, recibía a embajadores que incluían a los de China, Rusia y Persia. También amplió sus relaciones con el África portuguesa, ubicada cada vez más en el ámbito de Brasil y no de Portugal, pensándose inclusive en incorporar Angola y Mozambique, cosa que los círculos cortesanos de Río rechazaron. Esclavos de nuevas regiones empezaron a llegar a Brasil, entre ellos los protagonistas de la gran revuelta islámica de Bahía de 1836. Las vicisitudes de las guerras llevaron a muchos de estos africanos a Buenos Aires, donde tuvieron cierto papel en los movimientos sociales y hasta políticos y una presencia cultural que apenas está siendo estudiada.

En la estela de estas relaciones incrementadas se colaron otros participantes. Los asiáticos residentes en Filipinas habían ido aumentando en el siglo XVIII y no dejaron de atravesar el Pacífico, como los amenios que encontramos en la Nueva España. A su vez los rusos en las tres décadas en torno a la independencia consolidaron su dominio territorial y tuvieron una fuerte presencia en los puertos americanos, enviando expediciones navales, estableciendo contacto y entablando relaciones. Otros personajes muy poco conocidos tuvieron planes similares. Los barcos griegos, con bandera otomana, que se habían aventurado al Mediterráneo occidental, se atrevieron a cruzar el Atlántico y los vemos en los puertos de La Habana, Veracruz y Buenos Aires. El reino de Marruecos había querido comerciar con las Indias españolas, y sus gobernantes pedido permiso para ello a Carlos III cuando tuvieron relaciones regulares con él. Le fueron negadas pero hallaron de alguna manera el camino transatlántico: Marruecos fue el primer país en reconocer a los Estados Unidos y las fuentes registran a judíos marroquíes muy tempranamente en la historia de Brasil, al día siguiente de la independencia. También Túnez envió barcos a los puertos norteamericanos.



Es sabido que la mala conducción política y los desórdenes consiguientes a las guerras de la Revolución y el Imperio acabaron con los experimentos del Portugal y de la España ilustrados. Ello vale también en lo que hace a las relaciones de sus posesiones americanas con el Asia, que terminaron siendo dominadas por los países noratlánticos, hecho que se debe recordar cuando se habla de la penetración comercial inglesa o francesa en las colonias de España y Portugal, que en gran parte era una penetración de mercancías asiáticas: objetos de lujo y telas de algodón. Eran los que transportaban los barcos ingleses a Jamaica y de ahí su comunidad judía los distribuía mediante el contrabando a los dominios españoles; a dicha comunidad pertenece el personaje de la novela *María* de Jorge Isaacs (1867), inspirada en el padre del autor, residente en Jamaica y dedicado a comerciar entre la India y el Caribe. Desde el otro camino oceánico también llegaban productos asiáticos, en barcos ingleses o estadounidenses, a veces con tripulación india o malaya, que tras cruzar el Índico y el Pacífico depositaban sus cargamentos en los puertos del Pacífico, Valparaíso, El Callao o Guayaquil.

Indicativo era todo ello de la creciente presencia de productos asiáticos, gracias a la mayor riqueza y los caminos más directos. Tejidos, loza, joyas aparecen en relatos de viajeros, en descripciones testamentarias, en repetida evidencia anecdótica. Hasta el consumo de té se iba extendiendo. Cuando los analistas de entonces comprobaban el aumento del comercio y la llegada de mercancías, era común que las adjetivaran “europeas y asiáticas”, y las primeras a veces imitaban a las segundas. En Chile hubo compras de barcos y contratación de marineros en la India británica, relaciones hasta con Australia y Nueva Zelanda. A Buenos Aires acudían aventureros que habían hecho su carrera anterior en los mares del Índico, y que mantenían relaciones con lugares como Madagascar o Calcuta. A esta ciudad empezaron a ser exiliados muchos prisioneros políticos. Una parte de la guerra de independencia se peleó en aguas del Pacífico: no sólo las costas, sino toda su extensión hasta las Filipinas, donde navegaron los corsarios con bandera de Argentina como Hippolyte Bouchard, protagonista de variadas aventuras, por las cuales el



primer país que reconoció su independencia fue un oscuro monarca de esas islas del sur.

Como consecuencia, en la vida cotidiana criolla hubo apariciones que se nos hacen exóticas. Ya he mencionado varias veces a los rusos: su presencia en las costas californianas, brasileñas o peruanas y en el imaginario criollo han merecido estudios. Una de sus expediciones incluía además a un grupo de japoneses. Y entre los que rodeaban al norteamericano Nathaniel Ames (1821), desembarcado en Lima desde Calcuta, figuraba un oficial nacido en India, otro de Madeira, marineros bengalíes, birmanos, siameses, cingaleses, persas, malayos y uno o dos parias portugueses; las órdenes se daban en lengua bengalí y entre los esclavos había gran número de Abadías, Abdulrahmanes, Mahmouds, Sulimanestc, “lo suficiente para suministrar material de vida a una docena de escritores de cuentos orientales”. Si esto no bastara, por esos años el jefe neozelandés Tipahée Cupa visitó Buenos Aires sobre un barco inglés, suscitando curiosidad sus tatuajes y danzas.

Estos contactos daban a la perspectiva mundial, que los historiadores han perdido, relevancia en los análisis y planes de los protagonistas criollos de la emancipación. Por supuesto no faltaba en los Estados Unidos, con su expansión por aguas asiáticas, pero tampoco en los imperios de España y Portugal. Un creciente interés por el mundo, su realidad y su historia, incluyendo la de los países más lejanos, se nota en los escritos de esos años. En ellos se hace observar el fuerte comercio con Asia, la citada abundancia de objetos asiáticos, a veces con temor, como posible factor de decadencia de las manufacturas locales y se notaba, como muchas veces habían hecho los economistas españoles, la fuga del metal americano para el Asia. En su Memorial de agravios (1809), el neogranadino Camilo Torres hablaba de los metales americanos que “sin hacer rico al español ni dejar nada en las manos del americano que os labró, han ido a ensoberbecer el orgullo europeo y a sepultarse en la China, en el Japón y en el Indostán”. Con recelo se percibió un general temor al avance de los rusos sobre las costas de California.

Dominaba sin embargo el optimismo, las propuestas para abrir el comercio con el Pacífico, que se derivaría en prosperidad general, la vieja idea



de abrir un canal interoceánico, para el cual se realizaron estudios, que en su momento Alexander von Humboldt utilizó y difundió, llegando a entusiasmar a figuras como el abate de Pradt en ocasión del congreso de Panamá (1825), a Bolívar y al mismo Goethe, así como a sectores en Estados Unidos, que albergaron desde entonces la ilusión de “un pasaje para el Oriente”. Muchos ya veían a sus patrias como eje central del comercio entre Europa y Asia: en un artículo publicado en Jamaica, Bolívar se refería a Colombia que, ubicada en una posición central como Tiro o Alejandría, “puede acumular en su seno los perfumes de Asia, el marfil de África, las manufacturas de Europa, las pieles del Norte y la ballena del Sur. Puede gozar del comercio de China, Groenlandia y Kamchatka sin enfrentar los peligros de los cabos de Hornos y de Buena Esperanza” (s/d) . De este modo Guatemala “en pocas semanas puede comunicarse con las dos Américas, con la Europa, con el África y con el Asia”, y el Manifiesto de Francisco Antonio Zea (1820) entreveía una “colosal república con un pie en el Atlántico y otro en el Pacífico, verá a Europa y Asia”. Unos versos de “La campaña de Bogotá”, canto heroico, aclamaban un:

“Imperio del comercio de ambos mundos,
nuevo Tiro, segunda Alejandría,
las comarcas del Asia y de la Europa
se admirarán de verse tan vecinas.”

Junto al comercio, América podría recibir la migración asiática: en la Carta de Jamaica (1815), lejos del afán blanqueador de los “civilizadores” de mediados de siglo, Simón Bolívar hablaba del aporte migratorio asiático que enriquecería a América. También su maestro Simón Rodríguez amonestaba cómo “a los americanos toca, como primeros ocupantes, preparar el suelo para recibir, con decencia, a los europeos, a los chinos”, a cualquiera que quiera venir.

En la euforia, se imaginaba que América, una vez emancipada, se convertiría en un foco de libertad para el mundo, al cual mirarían con esperanza la feudal Europa, la despótica Asia y la salvaje África. En los renovados contactos se explica la persistencia en nuestras tierras de la sinofilia, que Europa había dejado atrás en el siglo XVIII pero en nuestra América se



prolongó un poco más. Vemos la figura ejemplar del Chino virtuoso en algunos capítulos del Periquillo Sarniento de José Joaquín Fernández de Lizardi (1816), en numerosos testimonios de la primera prensa independentista y en pensadores aislados, centralmente el chileno Juan Egaña, para los cuales China sigue siendo un reino admirable por la justicia, el manejo económico, la atención a la agricultura, el trato a los muertos, la tolerancia o la falta de corrupción, y su moral debía tomarse como modelo. Podría atribuirse el desfase al rezago con que llegaban las novedades intelectuales europeas, pero también a una mayor cercanía con aquellas regiones pacíficas, y a las esperanzas que suscitaba.

Los conceptos del apartado anterior no se suelen ventilar en la bibliografía. Sabemos que en general las ilusiones de la independencia se desvanecieron en pocas décadas, y llegó el desaliento a remplazar los entusiasmos de los años iniciales. Entre ellos los que se habían forjado sobre un futuro ecuménico de América. Habían sido desproporcionados a la real capacidad de los nuevos Estados, nacidos entre el desorden y la escasez. Pero además influyeron en su desaparición determinados procesos generales que se originaron a fines del siglo XVIII y se generalizaron en el XIX.

La europeización de América

Nos tiene acostumbrados la vulgata a pensar que América fue conquistada por Europa en el siglo XVI y con ello incorporada a algo que se llama “civilización occidental”. Tengo muchas razones para ponerla en duda, en primer lugar porque los protagonistas no usaban estos sustantivos ni adjetivos. Si el último tenía algún sentido fuera del geográfico, era el que le dieron algunos apologistas barrocos de los dominios españoles, para los cuales era América el Occidente. Tampoco entonces se hablaba mucho de Europa y nadie se definía como europeo. La palabra sí existía pero reducida al ámbito erudito. Sólo en el siglo XVIII tanto el término geográfico como el gentilicio adquirieron curso en Europa y de rebote también aquí entre los criollos, que lo emplearon con la intención de afirmar la propia naturaleza distinta.



Ya dije además que los dichos europeos que no se llamaban así llegaron en número relativamente pequeño a las que eran sus colonias. Agrego que al desembarcar no eran los mismos que habían embarcado, porque ya en el camino empezaba una transformación que aquí se completaba muy rápidamente, hecho que los mismos coetáneos enfatizaban, con intención de crítica o elogio. Se formaba así en las colonias europeas una sociedad que resultaba distinta a la española, inglesa o francesa de origen, y los cambios se consolidaron en los siglos coloniales. Cuando estallaron los movimientos de independencia no había entre dichos personajes mucha claridad en la propia autodefinición, pero sí en que eran una humanidad aparte de las del Viejo Mundo. Del otro lado existía la misma sensación: el hecho americano, descubierto en el siglo XVI, empezó a ser redescubierto en el XVIII y XIX por un número crecido de historiadores y de visitantes, que produjeron un nuevo tipo de literatura exótica. En ella los criollos fueron englobados junto a los indios y las castas en descripciones que resaltaban el lado extraño, fuera éste bueno o malo.

Muchos de tales aspectos distintivos disminuyeron durante la segunda mitad del siglo XIX, y sobre todo disminuyó la conciencia de formar una humanidad aparte. Fue un producto más de la hegemonía europea en el mundo, que el imaginario proyectó falazmente a las épocas anteriores, suponiendo que había existido desde los más remotos comienzos. Es sabido que dicha hegemonía afectó toda región del planeta; también afectó a los resultados del que fue llamado “viejo colonialismo”, el premoderno, a las sociedades que se habían creado en siglos anteriores por un goteo lento proveniente de los mismos países europeos. Esto ocurrió en Sudáfrica, pero de forma más extensa en las Américas. Si la primera sufrió las expediciones de conquista inglesas desde la época napoleónica hasta la Guerra de los Boers, en muy contados casos aquí se vio algo análogo: el ataque francés a México en 1862 es caso excepcional, junto con pequeñas incursiones al Río de la Plata o al Pacífico. Sí ocurrió una invasión económica, demográfica y cultural que cambió el estado de cosas anterior.



La primera es la más fácil de documentar y la más estudiada. Haya o no existido una “revolución industrial” en Europa, sí hubo una producción en masa creciente que desplazó a las manufacturas asiáticas del lugar preminente que ocupaban hasta entonces. Con ello se dejó lentamente de traernos productos chinos o indios para sustituirlos por los de Inglaterra y Francia, luego de Alemania y hasta de España. El comerciante extranjero portador de las novedades, fuera fijo o ambulante, fuera inglés, francés, luego alemán, italiano y español, hasta judío o árabe a fines de siglo, se convirtió en figura habitual desde Canadá hasta Argentina. A la expansión comercial siguió la de los servicios, en primer lugar los financieros, por lo cual los países americanos, sin excluir a los Estados Unidos, estuvieron crecientemente endeudados con los bancos y gobiernos de los países centrales.

Al principio los productos de la industria europea que nos llegaban eran poco variados, básicamente telas y ropa, artefactos de hierro, entonces los únicos objetos de consumo masivo fuera de los alimentos. Como en casos análogos que hasta ahora se reiteran, al principio la baratura de lo nuevo sustituyó la calidad de las tradicionales importaciones asiáticas. Esta falta de variedad y de sofisticación permitió políticas de sustitución de importaciones, de las que hubo intentos con cierto inicio de éxito en Paraguay, Colombia o México, como los hubo en Egipto o Iraq (Batou, 1990). Sin embargo, al transcurrir las décadas fue arrojando la industria europea productos cada vez más elaborados, que culminaron con los insumos de la gran inversión mundial que terminó de consolidar el capitalismo: los ferrocarriles. Ello desbarató los intentos industrialistas, que sólo pudieron continuar un país con un gran mercado interno y ciertas condiciones de estabilidad, los Estados Unidos, así como en algunas regiones de México y Brasil.

Junto a la invasión económica hubo otra poblacional, de inmigrantes originados en Europa, la atlántica primero, después la mediterránea y la oriental. No es raro, porque tal invasión se dio en todas las regiones del orbe. Fue resultado de un aumento demográfico que hizo que entre los siglos XIX y XX, por única vez en la historia, Europa tuviera más habitantes que Asia, y el exceso de ellos se volcó sobre las regiones relativamente deshabitadas de



América. El goteo colonial fue sustituido por un abundante chorro y ello tuvo enormes consecuencias, algunas perceptibles a simple vista, como el blanqueamiento de ciertas poblaciones, hasta entonces muy dominadas por el elemento africano, que casi desapareció, como en el Río de la Plata, o resultó mucho más deslavado, como en Cuba o Brasil. Recalco que la mayoría de los pobladores de origen europeo en América llegaron después de que terminara el dominio colonial. Microejemplo de ello es Cuba, cuya población gallega arribó cuando ya la isla no dependía de Madrid.

Ambas invasiones tuvieron su repercusión en la tercera invasión, que fue la cultural. Entre los objetos que llegaban había libros, revistas, cuadros, esculturas, instrumentos y partituras musicales, al final también planos arquitectónicos y las grandes estructuras de hierro de los primeros centros comerciales. Entre las personas había maestros, músicos, intelectuales, periodistas, actores, saltimbanquis o cupletistas de zarzuela. O simplemente hablantes: en el terreno lingüístico desaparecieron muchas de las lenguas criollas usadas por poblaciones mestizas, las lenguas indígenas disminuyeron y las africanas también. El castellano, que los tratadistas y dirigentes veían, a veces con esperanza, destinado a fragmentarse en lenguas distintas, por el contrario se fue uniformando, en proceso muy lento que dura hasta nuestros días. En los Estados Unidos desaparecieron las lenguas europeas distintas al inglés, o quedaron en estado de fósiles, como el francés en Luisiana.

Pero más visible fue la llegada de ideas y la anudación de contactos, por la cual las sociedades criollas, que tenían un lejano origen europeo, lo enfatizaron. En los Estados Unidos se ha hablado de la formación de una *comunidad atlántica*, de lazos cada vez más estrechos con la otra orilla (Kraus, 1996). En la América que entonces empezó a llamarse a sí misma Latina, algunos notables pensadores de mediados de siglo tradujeron el sentir común de los criollos escribiendo que “somos europeos nacidos en América”. Una corriente de americanos de distinto origen y nivel social dio en viajar a Europa y su sinécdoque París, en residir en ella, en referirse a ella continuamente. Era resultado de una transición que en Brasil fue descrita por Gilberto Freyre en sus libros lujosos de detalles sobre los cambios en la vida cotidiana y la



mentalidad durante la transición de la sociedad patriarcal muy marcada por Asia a la sociedad moderna de influencia europea (Freyre, 1977).

La invasión económica, demográfica y cultural influyó por doquier, como en tiempos de la conquista, pero, como entonces, lo hizo sobre todo en las capitales, en los puertos, en las ciudades grandes, en las colonias de inmigrantes. A su lado podían haber persistido determinadas sociedades indígenas, africanas, mestizas y criollas más aisladas, cuyos rasgos arcaicos la literatura costumbrista y la narrativa recogieron hasta épocas muy cercanas a nosotros. Pero aquí intervino otro factor, que fue la labor del Estado criollo, empeñado en modificarlas implementando con energía políticas educativas y culturales: llamó a esto su misión civilizadora. Comunidades, instituciones, creencias que habían permanecido intocadas durante los siglos coloniales, y que sintomáticamente algunos dirigentes consideraron como “orientales”, desaparecieron a ritmo creciente, y con ello el simbolismo oficial visible en estatuas, nomenclatura urbana y planes de estudio recalcó la versión eurocéntrica de la historia mundial y de la americana.

Ni los mismos movimientos de revuelta cultural pudieron remover estas bases; vaya, ni siquiera percibir su existencia, incluyendo los que contaban con un vigoroso impulso económico, como en los Estados Unidos y por momentos la Argentina. Las corrientes más patrióticas, excepcionalistas, nacionalistas, continentalistas, socialistas, reprodujeron el esquema eurocéntrico básico. No cambió ni ante el peligro que la invasión europea se extendiera a lo militar y político, como durante la oleada de intervenciones de mediados del siglo XIX, que culminaron con la invasión de México de 1862, muy sentida en todo el continente, desde los Estados Unidos al Río de la Plata, y apenas cuando se tomó conciencia que éramos la única región que todavía no había sido incorporada a los imperios coloniales, como meditaba Lucio V. Mansilla desde Argentina, que un correligionario suyo temía ver convertida en la próxima colonia inglesa, al lado de Egipto. Sólo muy tarde estos pequeños atisbos de conciencia fueron aumentando y con las décadas finales del siglo XX y las iniciales de este XXI que ya tiene un tramo recorrido los llamados a una crítica del eurocentrismo han llegado a ocupar su lugar.



Conciencia y críticas están siguiendo a alguna distancia el final del momento eurocéntrico en la historia mundial. Los imperios coloniales europeos se deshicieron en los años sesenta, los latinoamericanos dejaron de concurrir masivamente a París en los años setenta, la duda sobre la centralidad de la historia europea se hizo fuerte en los años ochenta, en los años noventa todos empezaron a hablar del nuevo ascenso de China, donde estaba regresando el centro del poder mundial, que en medio de una fuerte crisis en el siglo XIX se había trasladado a los países del Atlántico norte. La otra crisis, la inesperada de la Comunidad Europea en esta segunda década del siglo XXI, puede ser la manifestación, la causa o en todo caso el correlato de este otro cambio de poder por el que China, India y los países menores en su órbita regresan al centro del sistema económico mundial, que momentáneamente perdieron.

No me quiero extender sobre este último episodio. Es un tema de moda el de la influencia china sobre el mundo y sobre América en particular. Lo que no descubrimos en la bibliografía lo vemos a nuestro cotidiano alrededor: cantidad de productos, canales de televisión, oferta académica, restaurantes, inmigrantes, dibujos animados, logos, letras, palabras, modas, terapias. Visibilidad creciente que hace cundir la curiosidad. Unas décadas atrás ocurrió algo semejante con Japón y se hablaron cosas semejantes. Quizás mañana nos toque ver lo mismo con la India. Son aspectos de una influencia que se experimenta en todas las regiones, incluyendo los países centrales. La interpretación de la historia aludida antes en este escrito se difunde como una verdad cada vez más evidente pero que por mucho tiempo nadie fue capaz de descubrir: fueron los países asiáticos los protagonistas principales de la historia ecuménica durante milenios, salvo un breve paréntesis, y hoy dicho paréntesis se cierra para que el Asia vuelva a ocupar la escena.

Con ello, déjenme redondear este apartado, se hacen visibles desarrollos que antes eran descuidados o interpretados en la lógica de una hegemonía eurocéntrica. Uno de ellos fue la continuación de las migraciones y las exportaciones asiáticas a América durante el siglo XIX. Las segundas, que pensamos son una novedad de los últimos años, nunca habían desaparecido, aunque estuvieron dominadas durante un tiempo por las europeas. En cuanto a



las inmigraciones -chinos, japoneses, indios, javaneses, árabes- no eran las deseadas por las elites criollas ni a veces por el pueblo; abundantes episodios de discriminación y hasta violencia estatal, popular y criminal lo demuestran. Sin embargo lograron asentarse y sus representantes alcanzar posiciones de importancia no sólo en la economía sino también en la política y la cultura. Paralelamente se fue extendiendo también la influencia de sus gobiernos: desde México entablaba Porfirio Díaz fuertes relaciones con Japón, país en el que en 1912 veía Francisco García Calderón uno de los peligros para América Latina. Hoy es China la amenaza o la esperanza.

Conclusiones, defensa y matizaciones

Termino atajándome de tres objeciones que fácilmente se me podrían adelantar. La primera puede dirigirse a la cronología y categorías que he usado: ya empecé diciendo que el nombre y la noción de América son hijos de la historiografía europea; también lo son los de época precolombina, colonia, independencia, amerindios, europeos, asiáticos, imperio español, portugués, inglés que han moteado las páginas anteriores y que parecen salido del más ortodoxo manual. No lo niego, pero les recuerdo que la intención aquí es alertar contra el provincianismo que, junto al eurocentrismo, suele dominar la perspectiva historiográfica que nos rodea y alertar también de cierto descuido en relación con América entre los seguidores de la historia mundial. La forja de otros moldes tendrá que venir a continuación y por ahora los viejos son imprescindibles para entendernos.

En relación con ello, se me puede decir en segundo lugar que los desarrollos que expuse aparecen muy marginalmente en las fuentes. Si la masa de historiadores ha enfatizado desde el comienzo las relaciones con Europa es porque sus distintos países figuran prominentemente en documentos públicos y privados, en la correspondencia, en el imaginario. En estos escritos el resto del mundo resulta poco y mal conocido y se ha requerido mucha paciencia y fe para hallar las referencias que he estado allegando. Complementando ello, las fuentes de origen no europeo son escasísimas en



relación con América, o por lo menos permanecen ocultas: el libro turco sobre las Indias occidentales, alguna referencia literaria o iconográfica a productos americanos, anotaciones escasas y tardías de un viajero chino.

Respondo: el énfasis en los documentos resulta del origen oficial o en todo caso elitista de los documentos; el Estado y las clases dirigentes, de uno y otro lado del océano miraban exclusivamente o casi a Europa, el anclaje de su riqueza, poder y prestigio. Los estudiosos los han seguido. Una mirada a las realidades más populares o cotidianas puede dar otra impresión. En cuanto a la falta de documentos de otras latitudes, nos topamos con un problema mayor que es, si no la exclusividad, sí el predominio de la mirada europea en el mundo moderno. Éste pudo no haber tenido sino muy tarde su centro económico en Europa, pero el etnográfico sí lo ocupó tempranamente, en la época que suele llamarse de los “descubrimientos”, porque ahí se escribían, publicaban y leían relaciones sobre el resto del mundo que dieron lugar a reelaboraciones históricas, geográficas y teóricas ausentes en otras latitudes. Era un resultado de la función de intermediarios entre las distintas economías que asumieron algunos países europeos.

Por fin, y más grave, en eso de haber querido ir a contracorriente y enfatizar los contactos de América con las otras civilizaciones he dado en una historia, como la eurocéntrica que conocemos, en que América resulta también la pasiva receptora de corrientes migratorias, influencias culturales o ambiciones conquistadoras provenientes de otras regiones. Cierto que no debemos escribir ahora una historia afroasiática de América pero hay que señalar que, como cuarta parte del mundo, relativamente aislada de las otras tres y de poblamiento más reciente, América sí recibió de ellas durante milenios mucho más de lo que les aportó. Una historia complementaria tendría que enfatizar la lenta reversión de esta situación, en la que América va influyendo cada vez más en los destinos del mundo: ya hablé de los cultivos que fueron desarrollados por los pueblos amerindios y de los metales. En tiempos republicanos la influencia estadounidense ha sido central en la cultura ecuménica del siglo XX, como hoy está empezando a serlo en algunos terrenos la de los países de América Latina.



Muchas veces se dijo que América iba a empezar a contar en los asuntos mundiales. Si ahora realmente lo va a hacer, tiene que sacudir impedimentos que la traban, uno de ellos la visión del pasado que la liga solamente a un sector del Viejo Mundo.

Referencias bibliográficas

- BATOU, Jean. (1990). *Cent ans de résistance au sous développement: l'industrialisation de l'Amérique Latine et du Moyen Orient face au défi européen*. Genève: Librairie Droz.
- BAYLEY, Gauvin Alexander Bayley. (2007). Asia en las artes de la América Latina colonial. En Joseph J. Rishel, (comp.), *Revelaciones: las artes en América Latina* (pp. 57-70). México: FCE.
- BENTON, Lauren Benton. (2004). "No longer odd region out: repositioning Latin America in world history". *Hispanic American Historical Review*, 84.3, 423-430.
- CIPOLLA, Carlo M. (1998). *Conquistadores, piratas, mercaderes: la saga de la plata española*. México etc: FCE.
- CROSBY, Alfred W. (1991). *El intercambio transoceánico: consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*. México: UNAM.
- DUSSEL, Enrique. (1992). 1492: el encubrimiento del Otro (hacia el origen del mito de la modernidad), Conferencias de Frankfurt. Santafé de Bogotá: Anthropos.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe. (1995). *Millennium*. Barcelona: Planeta.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe. (2004). *Las Américas*. Madrid: Debate.
- FRANK, Andre Gunder. (1991). "Un argumento por la historia del sistema mundial". *Cuadernos Americanos*, 30, 174-204.
- FRANK, Andre Gunder. (1998). *ReOrient: global economy in the Asian Age*. Berkeley: University of California Press.
- FREYRE, Gilberto. (1977). *Sobrados e mucambos: decadência do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano*. 5a. ed., Rio de Janeiro-Brasilia: J. Olympio-INL. (Versión original 1936)



- INIKORI, Joseph E. (1981). "La trata negrera y las economías atlánticas de 1451 a 1870". *La trata negrera del siglo XVI al XIX*, 74-106.
- KIMENE, Zenta (2007). "El ducado de Curlandia en Tobago", en Slobodan Pajović, (Coord.), *Interculturalidad en los procesos de la formación identitaria de América Latina: percepciones e interpretaciones* (pp. 175-187). Belgrado: Megatrend Universidad.
- KRAUS, Michael. (1996). *The Atlantic civilization: 18th century origins*. Ithaca NJ: Cornell University Press. (Versión original 1949).
- LESSER, Jeffrey. (1994). "Neither slave nor free, neither black nor white: the Chinese in early nineteenth century Brazil". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, 5(5), 23-34.
- MCNEILL, William (1963). *The rise of the West*. Chicago: University of Chicago Press.
- MENZIES, Gavin. (2003). *1421: el año en que China descubrió el mundo*. Barcelona: DeBolsillo.
- ROSSIGNOL, Bernadette et Philippe (2001). *L'ordre de Malte dans la Caraïbe*, communication faite au Centre d'Histoire & d'Études des Troupes d'Outre-Mer, Fréjus. Recuperado de www.ghcaraibe.org/docu/malte.pdf
- TABOADA, Hernán G. H. (2004). *La sombra del Islam en la conquista de América*. México: UNAM-FCE.
- TABOADA, Hernán G. H. (2004). La orilla pacífica de América. En Lucía Chen, y Alberto Saladino (Comps), *La nueva Nao: de Formosa a América Latina* (pp. 119-127). Taipei: Universidad de Tamkang.
- TABOADA, Hernán G. H. (2011). "Extrañas presencias en las Indias: en torno a los otros mediterráneos". *Revista de Historia de América*, 144, 43-70.
- TABOADA, Hernán G. H. "Cautivos de los moros y rescates americanos" (en prensa).
- TUR DONATTI, Carlos Mariano, y TABOADA, Hernán G. H. (2008). *Eurocriollismo, historiografía y globalización en América Latina*. México: CIALC-UNAM.
- VERNET, Juan (1993). "El descubrimiento del mundo". *El Islam en España*, 247-270.



WEATHERFORD, Jack. (2004). *Genghis Khan and the making of the modern world*. New York: Three Rivers Press.

WIENER, Leo. (1971). *Africa and the discovery of America*. New York: Klaus, 1971 (Versión original 1920).

Notas

¹ Morelos, Oaxaca, 29 de enero de 1813. (La Independencia 76)

² Un hito importante fue la aparición de McNeill (1963) y hoy pululan las publicaciones sobre el tema. Un llamado a cultivarla lanzó ya hace tiempo entre nosotros Frank (1991).

³ Véase Benton (2004) y también los otros artículos sobre el tema en el mismo número de esta revista.

⁴ Tendrían que validar cada aserto una cantidad de referencias que no considero oportuno insertar aquí. La otra opción es no citar nada y es más cómoda pero prefiero incluir una que otra nota bibliográfica que sirva de brújula, aunque al mismo tiempo muestre mi ignorancia de todo lo que quede fuera de ellas.

⁵ El contexto islámico aparece con claridad y apoyo de fuentes en Vernet (1993).

⁶ Sobre el tema sigue siendo básico Crosby (1991).

⁷ Entre muchísima literatura, me ha llamado la atención por su concisión Inikori (1981).

⁸ Hay mucho escrito sobre el tema, pero es ameno, corto e ilustrativo (Cipolla, 1998).

⁹ Con plétora de datos y observaciones he escrito sobre el tema en Taboada (2004).

¹⁰ En este apartado sigo un escrito anterior, donde sí hay abundantes referencias: Taboada (2008).

Fecha de recepción: 14 de septiembre de 2012. Fecha de aceptación: 06 de diciembre de 2012.